

# **SOBRE LAS PREGUNTAS EN EDUCACIÓN O SOBRE UNA EDUCACIÓN EN EL PREGUNTAR<sup>1</sup>**

**Walter Omar Kohan**

Universidade do Estado do Rio de Janeiro

1 → An English translation of this article is available for free download at [www.lapes.org](http://www.lapes.org); a tradução deste artigo para o português está disponível gratuitamente para download em [www.lapes.org](http://www.lapes.org).

¿Tiene usted, amiga, amigo lector, alguna pregunta en relación al título de este texto? Antes le hago una pregunta. ¿Está solo o sola? ¿Quiere buscar a alguien para leer este texto conjuntamente? Sería interesante. Puede ser que encuentre varias personas, muchas, o solo una. Enriquecerá su lectura porque podrá dialogar sobre lo que vamos a hacer. También le permitirá notar, más claramente, como se modifica y crece lo que pensamos cuando lo hacemos con alguien. No es imprescindible, pero enriquece. Si no encuentra compañía, haga nomás una pregunta a partir del título. Si encontró compañía, dígame a su compañero o compañera de lectura que también haga o se haga una pregunta. Le repito el título sobre el qué preguntar o preguntarse algo: *Sobre las preguntas en educación o sobre una educación en el preguntar*. ¿Hay algo que lo(s) o la(s) inquieta de lo que allí se afirma? Repare(n) en el “lo(s)” (o “la(s)”): ¿Lo(s) o la(s) toca esa pregunta? ¿De qué manera lo hace? No se apure. Espero. No hay prisa. Tómese(n)se todo el tiempo que necesita(n). Por favor, sólo continúe(n) leyendo después de pensar en esta cuestión. Es importante que trate de encontrar un tiempo propicio para pensar. Apague su celular. Desconéctese. Trata de disminuir la velocidad de su experiencia temporal. El tiempo del preguntar(se) es un tiempo especial, más demorado, lento. Más intenso que extenso. Sólo cuando lo haya encontrado siga leyendo. También va a descubrir por qué. ¿Ya encontró o encontraron ese tiempo? ¿Ya vino una pregunta? Pueden estar preguntando(se) ¿qué tipo de pregunta? Puede ser cualquier pregunta, basta que tenga relación con el título, que sea de verdad una pregunta, esto es, que surja de algo que le(s) despierta curiosidad, que no sepa(n) la respuesta y le(s) interesa buscarla, que le(s) parezca que vale la pena hacerse esa pregunta. No se preocupen porque sea “la” pregunta, que parezca compleja y sofisticada. No, basta que sea sincera. Puede ser simple. Lo importante es que usted(es) se sienta(n) relacionados con la pregunta, que sienta(n) que tiene(n) una relación con la pregunta; que la pregunta lo(s) afecta. Sí, pueden ser más de una, varias preguntas. La cantidad que quieran. Basta que encuentren una.

Ya que estamos en eso, las preguntas, ¿se buscan o se encuentran? ¿Se encuentran cuando se buscan o cuando no se buscan? De hecho, estas serían ejemplos de las preguntas que estamos buscando

(o encontrando). Serían mis preguntas, las que yo podría anotar si estuviera leyendo y no escribiendo este texto. Aunque pensándolo bien, como me interesan, me parece que valen la pena y me despiertan curiosidad, también las voy a anotar. Piense(n) usted(es) en su(s) pregunta(s). Cuando las tengan seguimos. Repito, no hay apuro tómense todo el tiempo que necesita(n). ¿Ya la(s) tiene(n)? Muy bien. Entonces, anote(n) esa o esas preguntas en una hoja, ponga(n) la hoja a un lado por un momento y sigamos, usted(es) leyendo y yo escribiendo.

Tenga(n) la(s) pregunta(s) como en suspenso y traten de relacionar esto que voy a escribir enseguida con ella(s). En un tiempito volveremos a la(s) pregunta(s). La relación entre enseñar y aprender es una de las cuestiones centrales en cualquier teoría y práctica educativa. Para el educador brasileño Paulo Freire, uno de los principales referentes de las teorías críticas en educación, entender esa relación ha sido casi una obsesión intelectual y sobre ella ha vuelto una y otra vez en sus diferentes libros, cartas y entrevistas. Vamos a prestar atención en uno de sus “libros hablados”: *Por una pedagogía de la pregunta*.<sup>2</sup> Todo interesa en este libro a los que nos sentimos atraídos por el título del mismo: la forma del libro, pues en tanto conversación es tal vez la forma en que la escritura más se aproxima al diálogo, y también su contenido, pues justamente se trata en él de entender el valor y sentido de la pregunta como elemento fundamental de una práctica educativa dialógica. Algo así como lo que parece sugerir nuestro título.

En este libro, Freire y el filósofo chileno Antonio Faundez reafirman una pedagogía que no está centrada ni en el educador o educadora ni en el educando o educanda sino en la propia relación pedagógica: unos y otras enseñan y aprenden en una relación en la cual la pregunta juega un papel principal. A través de sus preguntas, unas y otros dan vida a su curiosidad, reconsideran lo que saben, abren nuevas perspectivas y posibilidades de saber. Paulo Freire busca afirmar una posición educadora democrática y al mismo tiempo rigurosa para quien enseña. Una de las preguntas que tal vez escribiría si estuviera leyendo este texto sería: “¿cómo ejercer esa posición política, teórica y prácticamente, sin renunciar a las exigencias del enseñar y, al mismo

2 → Paulo Freire y Antonio Faundez, *Por una pedagogía de la pregunta*, trans. Clara Berenguer Revert (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2013).

tiempo, de una vida educadora democrática?” Esa es tal vez una de las preguntas que atraviesan no sólo este libro suyo, sino buena parte de la vida y obra de Paulo Freire. Como toda buena pregunta es imposible de ser respondida y a la vez es necesario buscar hacerlo. Sí, lo sé. Usted, lector, lectora, debe estar en este momento pensando si su pregunta es o no es una buena pregunta. No se preocupe(n) por eso ahora. Sigamos, usted(es) leyendo y yo escribiendo. Como todo conocimiento se inicia en la pregunta, afirma Faundez, lo primero que habría que enseñar y aprender es a preguntar. Y para enseñar y aprender a preguntar, Paulo Freire sugiere, hay que comenzar por la pregunta “¿qué significa preguntar?”, otra pregunta necesaria e imposible.

Se trata además de una pregunta que, bajo su aparente simpleza, esconde una extraordinaria complejidad y que provoca muchas otras preguntas, como ¿es posible enseñar (y aprender) a preguntar? Si lo fuera, ¿cómo hacerlo? ¿Por qué preguntar? ¿Para qué hacerlo? ¿Son el mismo preguntar el de quien enseña y el de quien aprende? ¿Preguntar o preguntarse? Y tantas otras preguntas...

Sí, me imagino. Usted(es) debe(n) estar pensando que justamente yo debería haberles presentado estas preguntas antes de pedir(les) que haga(n) una pregunta. De nuevo, no se preocupe(n). Por un lado, nadie va a juzgar su(s) pregunta(s); por otro, una de las gracias del preguntar es que lo aprendemos cuando lo practicamos. Entonces, no hay mejor manera que aprender estas preguntas ejercitándose en el propio preguntar. De modo que si usted se está haciendo preguntas como esta o parecidas empezamos bien y estamos en buen camino. Calma. Sigamos.

Freire y Faundez no están solos en esta preocupación ni la inauguran, claro. Para no ir a otros lugares, unos de los maestros de la escuela popular latinoamericana, Simón Rodríguez, creó una escuela en la que se enseñaba antes, de más nada, a preguntar. Creía que era necesario enseñar a preguntar para poder enseñar a pensar, que estaba a la base de cualquier otra enseñanza, incluso la lectura y la escritura. Considera que quien aprende a pensar después puede, no sólo aprender lo que se le ocurra, sino aprender a moverse entre otros dos opuestos, también cruciales para cualquier teoría y práctica pedagógica: la autoridad y la libertad. En sus palabras:

OBEDECER CIEGAMENTE, es el principio que gobierna. Por eso hay tantos Esclavos – ¡ por eso es Amo el primero que quiere serlo. Enseñen los niños a ser PREGUNTONES! Para que, pidiendo el POR QUÉ, de lo que se les mande hacer, se acostumbren a obedecer... a la RAZÓN! No a la AUTORIDAD, como los LIMITADOS. Ni a la COSTUMBRE, como los ESTUPIDOS.<sup>3</sup>

Rodríguez pensaba que si queremos una vida en común que no sea autoritaria precisamos educar niñas y niños preguntones, que busquen el por qué de las cosas y no se contenten con los hábitos y costumbres ni con las autoridades que gobiernan. Rodríguez no se quedó en las palabras: como una especie de Ministro de Educación de Simón Bolívar, inventó una escuela popular en 1826, en Chuquisaca, entonces capital de Bolivia. Su escuela era revolucionaria: daba vuelta el orden de las cosas. El discurso educativo dominante en las colonias decía en la época – y aún dice – que eran necesarias escuelas para formar ciudadanos. Rodríguez decía que no eran las escuelas que formaban los ciudadanos sino los ciudadanos quienes formaban las escuelas: “escuelas para todos porque todos son ciudadanos.”<sup>4</sup> El plan era hacer muchas escuelas como esa con todos los ciudadanos y ciudadanas que las escuelas monárquicas no consideraban tales para, a través del preguntar y el pensar, inventar un nuevo modo de vida común. Rodríguez llama la atención a que fue necesario considerarlos ciudadanos antes de ofrecerles la escuela; si no, no hay escuela que merezca ese nombre. Si pensamos que en la escuela haremos ciudadanos, no haremos una escuela.

Algo en la escuela de Simón Rodríguez debe haber perturbado fuertemente a quienes defendían ideas diferentes porque derrumbaron esa escuela durante uno de sus viajes a Cochabamba en que explorarían la invención de otra escuela popular. Es una pena. Quién sabe si las escuelas de Rodríguez hubieran podido existir hoy estaríamos

3 → Simón Rodríguez, *Obras completas, Tomo II* (Caracas: Presidencia de la República, 2001), 27.

4 → Simón Rodríguez, *Obras completas, Tomo I* (Caracas: Presidencia de la República, 2001), 284.

preocupados con otras cuestiones en educación. Y nos haríamos otras preguntas. Así nos damos cuenta que las preguntas que nos hacemos no las hacemos sólo nosotros, sino que son preguntas que tienen una historia, una memoria, una geografía.

Rodríguez ofrece un elemento también imprescindible para educar en el preguntar del que ya hablamos, pero vale la pena percibir el giro que da el maestro venezolano: si alguien quiere enseñar a preguntar(-se) es necesario que también (se) pregunte. No hay niñas y niños preguntones sin maestros preguntones, no en el sentido de que preguntan lo que los otros saben, sino en el de preguntarse lo que ellas y ellos mismos creen saber para poder saber de otra manera.

De Rodríguez se suele recordar una frase que mucho tiene que ver con las preguntas y el preguntar: *“inventamos o erramos”*,<sup>5</sup> a la que el maestro de Bolívar pensaba en particular para quien ocupa la posición de enseñar. La frase puede leerse de muchas maneras: “inventar” suele ser asociado a una actividad creadora, innovadora, propia de una individualidad que trae algo al mundo que no existía antes. Es cierto, tiene este sentido también para Rodríguez, pues es preciso crear, en la escuela, un mundo y una forma de habitarlo que no existe en las escuelas de la colonia. Pero, además, etimológicamente, “inventar” significa algo más: deriva de la palabra latín *inventus*, formada por *ventus*, participio pasado del verbo *venire* que significa venir, llegar. Esto significa que *ventus* es lo que vino o llegó. Lo que llegó in, o sea, lo que llegó adentro, lo que estaba afuera y entró. De modo que “inventar”, a partir de su etimología, también quiere decir llegar adentro y, en el caso de un educador o educadora, abrir las puertas para que se pueda entrar a la escuela. La segunda parte de la disyuntiva es una forma del verbo “errar” que en su sentido más corriente significa equivocarse, no acertar. En este sentido, es amplia la literatura sobre el errar y el erro en educación y cada vez más se valora positivamente el errar y el error tanto para quien enseña como quien aprende. Con todo, “errar” tiene al menos otro sentido: el de vagar, andar, desplazarse sin un punto fijo de llegada, atento a los sentidos del propio andar. Finalmente, la disyuntiva “o” también tiene más de un significado. Como disyunción, puede ser

5 → Rodríguez, *Obras Completas*, I, 344.

exclusiva, o sea, puede querer afirmar sólo una de las cosas que contraponen: una cosa o la otra, pero no las dos: un triángulo, ¿tiene 3 o 4 lados? Si tiene 3 no puede tener 4; si tiene 4, no puede tener 3. O puede ser una disyunción inclusiva, o sea, una cosa o la otra, pero también las dos: un triángulo, ¿tiene 3 lados o 3 ángulos? Pueden ser una o las dos. En este caso son las dos, pero también podría preguntarse: un triángulo, ¿tiene 3 lados o 5 ángulos? Y la disyunción podría seguir siendo inclusiva, aunque la respuesta a la segunda parte sea falsa porque todos los triángulos tienen 3 ángulos. Pero, para un triángulo tener 5 ángulos no es incompatible con tener 3 lados, aunque no sea verdadero. Por otro lado, la disyunción también puede querer decir otra cosa, esto es, que las dos alternativas son equivalentes o formas de lo mismo: “un triángulo o una figura de 3 lados y 3 ángulos”. Esto significa que no hay triángulo que no tenga 3 lados y 3 ángulos y no hay figura de 3 lados y 3 ángulos que no sea un triángulo. Son lo mismo, se equivalen.

Sin que hayamos agotado su significado, es notorio que “inventamos o erramos” puede querer decir muchas cosas para quien ocupa la posición de enseñar. ¿Qué nos diría, lector, lectores, a usted(es) y a mí en este momento? ¿Que enseñar exige que inventemos para no errar? ¿Que errar es una forma de inventar? Que quien enseña, ¿debe inventar en el sentido de crear, abrir las puertas o en los dos? ¿Es la errancia una figura inventiva de la docencia? Podríamos también hacerle preguntas a la propia disyunción, ¿Es posible que un educador o educadora invente o erre en nuestras escuelas en nuestros días? Si lo es, ¿cómo? ¿Para qué hacerlo?

Podríamos también hacernos preguntas sobre la relación entre el preguntar, el inventar, y el errar: ¿puede ser el preguntar una forma de inventar y de errar? ¿Es posible inventar o errar sin preguntar? O mejor, ¿es posible inventar o errar sin preguntarse? Pienso un poco en estas preguntas que acabo de escribir y me pregunto si estas preguntas son de verdad preguntas porque me parece que creo saber su respuesta. Entonces, si así fuera, no me estaría preguntando y, tal vez, no se trate de preguntas que quieran preguntar sino afirmar. Además, ¿me preguntan? ¿Nos preguntan, lector(es)? Bien, me doy cuenta que tal vez sea un buen momento para parar de hacer preguntas, Ojalá, en su(s) lectura(s) errante(s), ustedes estén también haciendo sus propias

preguntas, inventando o errando escuela, como quiera que entiendan esta frase.

Así llegamos a un punto a la vez complejo y delicado: las preguntas no tienen dueño, pero tampoco podemos separarlas de quién las hace sin que algo fuerte se pierda: la misma pregunta puede tener sentidos muy distintos, para sujetos diferentes, en contextos diversos. Así, esta es una de las cuestiones principales: lo que importa no es tanto la letra de la pregunta sino la relación que establecemos con ella, el efecto que la pregunta provoca, lo que dejamos que una pregunta haga con nuestras ideas, expectativas, saberes. En otras palabras: el lugar que le damos a una pregunta para que nos ayude a pensar. Piense en su(s) pregunta(s), no importa su letra sino lo que usted(es) está(n) haciendo con ella, o dejando que ella haga con usted(es): ¿han permitido que la(s) o lo(s) cuestione?

En ese sentido, creo que a esta altura ya puedo decirle(s) estimado(s) lector(es) o lectora(s): lo que más importa no es tanto hacer esta o aquella pregunta sino hacerse preguntas a uno o una misma, preguntarse, dejarse interrogar, atravesar el propio pensamiento y la vida que vivimos por una pregunta: dejar que una pregunta nos sacuda y conmueva para poder comenzar a errar, en el doble sentido de equivocarse y vagar, en el propio pensamiento.

Piense(n) por ejemplo en la experiencia temporal que hemos tenido hasta aquí, desde que buscamos la pregunta hasta este momento. Es un tiempo diferente al que estamos acostumbramos en el mundo del trabajo, ¿verdad? Menos productivista, resultadista, instrumental. Es un tiempo más propio, que nos toca más directamente. Puede no salir nada concreto como resultado. Pero tal vez nosotras(os) mismas(os) salgamos modificados de este ejercicio. Y quién sabe si esa experiencia temporal nos permita cuestionarnos como en general experimentamos el tiempo en nuestras relaciones laborales, afectivas, amorosas. Y ese proceso de preguntar comienza, pero no termina...

En el caso de un ejercicio educativo conjunto, lo que cuenta es que nos preguntemos juntos el mundo común que habitamos, que nos hagamos un mundo de preguntas y preguntas, en el mundo, sobre el mundo, desde el mundo, para poner en cuestión el modo en que habitamos ese mundo, con el sentido de que, inventando o errando, seamos

capaces de habitar otro mundo. Inventando escuela, errando con otros. Errando, inventando escuela con otras.

En este sentido, las preguntas y el preguntar tienen un espacio muy importante en mis prácticas pedagógicas, tanto en la Universidad y en las escuelas cuanto fuera de ellas, con estudiantes de cualquier género, edad, clase, color. Busco siempre que una actividad pedagógica empiece y termine con preguntas porque, como vimos, es allí donde comienza un pensamiento. También por eso le(s) pedí a usted(es) lector(es) al inicio una pregunta, porque busqué que este texto sea lo más coherente posible con lo que pienso sobre el papel de las preguntas en el aprender y el enseñar y, además, porque de verdad creo que sólo se puede preguntar de verdad desde el propio ejercicio de la pregunta. De modo que, espero, usted(es) esté(n) ahora pensando algo diferente que si simplemente hubiera(n) leído este texto sin una pregunta que, de alguna manera, afectara e impactara esa lectura.

Vamos hacer ahora un paso más en este pequeño ejercicio. Vamos a tomar aquella pregunta que nos hicimos al inicio. Si estamos acompañados vamos a intercambiar las preguntas: tomamos la de un compañera o compañero. Y después, cuando tenemos las preguntas de una compañera o compañero, ¿qué podemos hacer con esa pregunta? ¿Responderla? Es una posibilidad, y a veces es importante responder algunas preguntas. Pero como en este caso estamos más interesados en el valor de las preguntas y el preguntar, en vez de responderla vamos a hacerle una pregunta a la pregunta inicial (si estamos solos o solas, tomamos nuestra propia pregunta; si recibimos o hicimos más de una al comienzo elegimos una de ellas, la que más nos atraiga en este momento). O, mejor, vamos a hacerle dos preguntas a la pregunta inicial. Hacemos dos preguntas a esa pregunta y las escribimos debajo de aquella. Cuando las tengamos listas, si las hemos intercambiado con alguien, se las devolvemos. Si estamos solos o solas las leemos con cuidado un tiempito. Y después, ¿qué podemos hacer con estas dos nuevas preguntas que tenemos ahora? Pues, de nuevo, podríamos hacer muchas cosas, pero vamos a reunir las de nuevo en una pregunta, sólo que no puede ser la misma que la pregunta inicial.

Entonces, repito el ejercicio: teníamos una pregunta, le hemos hecho o nos han hecho dos preguntas a esa pregunta inicial y ahora

nosotros de nuevo reunimos esas dos preguntas en una nueva pregunta, diferente de la primera. ¿Está claro? Partimos de una pregunta, de una inquietud, de algo que queríamos saber, que nos interesaba, le hicimos o nos hicieron dos preguntas, o sea, nos movimos o nos movieron a interesarnos o a inquietarnos por algo relacionado a nuestra inquietud inicial en dos direcciones y, al final, hemos reunido esas dos posibilidades en una nueva pregunta que nos interesa pensar ahora. Digámoslo de otra manera. Nos hemos preguntado. Nos han preguntado sobre nuestro preguntar. Volvemos a preguntarnos en otra dirección, con otro sentido. Hemos estado andando en el pensamiento: ¿inventando o errando? Creo que a esta altura cada quien puede estar ensayando estas y otras preguntas.

Estamos cerca del final de este ejercicio. En cierto modo, estamos como al inicio. Empezamos con una pregunta. Estamos terminando con otra pregunta. Si no es la misma (¡y no puede serlo!), no estamos en el mismo lugar, no estamos preguntándonos lo mismo, hemos andado con nuestras preguntas... o nuestras preguntas nos han hecho andar. Podemos ahora seguir andando en muchas direcciones: por ejemplo, si algo de lo que está aquí escrito o de lo que hemos pensado mientras leíamos este texto nos ayuda a pensar en las preguntas que hemos hecho. O si todavía nos surgen más preguntas. O si queremos cambiar alguna de las preguntas que teníamos. O si todavía nos surgen nuevas preguntas. O si nuestras preguntas son efectivamente buenas preguntas o también ¿qué hace que una pregunta sea “buena”? O si... O si... O si... el ejercicio de pensar y preguntar parece infinito, en el sentido de no tener término... como una línea recta, pero también como un círculo que empieza y termina en el mismo lugar, en cualquier lugar, pero en donde se encuentran el comienzo y el fin.

Hemos terminado y podemos comenzar otra vez. A cada nuevo comienzo se abren nuevos caminos para pensar: nuevos caminos para inventar o errar. ¿Hemos aprendido algo sobre el valor educativo de las preguntas, el preguntar y el preguntarse? Mmmm. Ahora que lo pienso yo también he cambiado de pregunta. A veces, una única pregunta dice más que muchas respuestas. ■